

Hace más de 20 años que Ignasi Deulofeu carga contra las teleologías. No sabría decir con certeza de dónde proceden los posos que comenzó a acumular entonces: acaso de su interés por los cortocircuitos, por las paradojas de un lenguaje incapaz para describir las cosas; de su obsesión por las enciclopedias técnicas; de su interés por la poesía maquina que surge a menudo del lenguaje administrativo, clínico, técnico; quizás de su personalidad esquiva. Durante dos décadas me ha ido enseñando recortes de prensa, reseñas secas, imágenes sueltas, fragmentos de diagramas y esquemas. Y lo hace como quien descubre un accidente y se siente en la obligación de recomponer una parte del proceso que no está en la imagen, pero que la explica.

Siempre está buscando sinapsis en las disfunciones del sistema, especialmente en el consumo, el deporte, el dinero, el valor, la tecnología, la política, la familia, los medios, la iglesia; persigue –quien sabe- un solo objetivo: cortocircuitar el lenguaje del esfuerzo y la promesa, de la moral y la hipocresía. Lo que lleva haciendo veinte años es lo que ahora triunfa en la ilustración, en el arte de la viñeta, a merced del tsunami del hundimiento económico y del discurso que lo sostenía. El horizonte ya no es la política sino la realidad política, la que se produce, se consume y se responde en los medios, se interioriza y se hace bióloga. Es de ahí en donde ID pulula, recortando sus siluetas y revirtiendo la alucinación.

La realidad política usa el lenguaje de la teleología, y ese es, creo, una de las cosas en que con más ahínco aparece en sus trabajos. La teleología es la doctrina de las causas finales. Las cosas ocurren en función de un final ya escrito. Sólo se puede ir en la dirección de la finalidad. No tiene sentido sustraerse a esa imantación. El cristianismo es un ejemplo conocido: el mesías regresará para el juicio final, lo que conlleva que lo que ocurra entretanto deberá ser explicado en su día. La idea de progreso creada por la Ilustración y aplicada por el capitalismo científico en el siglo XIX heredó gran parte de los valores del *destino manifiesto* cristiano, llevándola al terreno de la moralidad política, como el marxismo, o de la comercial. Esto es, la ciencia y el progreso

sólo pueden ir a más: su lógica es expansiva e incluyente: aquella aplicación 4.0 se resuelve en la siguiente, en la 4.1, nunca va hacia atrás: siempre está la promesa del progreso, de que estaremos mejor gracias a nuestros medios.

En el viaje hacia el destino, la religión o el capitalismo han ofrecido los servicios necesarios durante la travesía. Lo trascendente no entiende de fases históricas, es un *perpetuo*. La *religio*, el religarse, el reunirse, era el anatema del siglo XX, del tiempo de la velocidad, de los movimientos centrífugos. En el mito actual de la ubicuidad centrípeta, la tecnología promete *religio* a raudales.

Este libro está motivado, entre otras cosas, por el interés del autor en dos eventos ocurridos en Barcelona, capital interestelar de la modernidad. El primero es el *XXXV Congreso Eucarístico* celebrado en 1952; el otro, el hecho de que Barcelona se haya convertido en la sede del *Mobile World Congress*. Qué tendrán que ver esas dos cosas se me pierde a primera vista, pero pronto ata uno cabos.

Da la casualidad de que yo nací en el Barri del Congrés de Barcelona (eso ID lo desconoce), un sitio horroroso. Es el producto del plan de viviendas que la Iglesia realizó con algunas empresas amigas, con motivo de la celebración de un supercongreso internacional católico al que acudieron miles de personas de todo el mundo. España estaba en aquellos días más sola que la una: la Iglesia era el único apoyo y sostén, y todos sabemos del amor de los constructores barceloneses por hacer reforma urbana bajo la guisa de evento cultural. Así que levantaron un barrio entero, con la intención de mezclar a los funcionarios catalanes y católicos del régimen (funcionarios de FECSA, guardias urbanos, chóferes de mandatarios, secretarías del Ayuntamiento) y a las clases media-bajas de los emigrantes llegados de media España y con problemas de vivienda. Puedo asegurar que todo iba por enchufe. Y también que es un lugar horroroso, triste y aburrido, a no ser por el magnífico Canódmomo de la Meridiana, que colindaba con el barrio, y en el que el olor a perro sudado y a chanchullo cancelaba el ambiente ñoño y pacato de mi barrio.

El *Mobile World Congress* es la apuesta de Barcelona por hacerse con la feria internacional que nunca pudo tener: ARCO. Pero eran los años 80, 90, 2000, cuando los imaginarios estéticos aún reposaban en las artes, y no en la tecnología y en su estética de la funcionalidad y la eficacia, condiciones teleológicas a más no poder. El Congreso de telefonía es un ejemplo más de lo chicletosa que es la estrategia de proyección urbana: del deporte y la cultura del 92, a la sostenibilidad y la tolerancia del Forum 2004, a la movilidad del MWC ahora. ¿Son simples tenderos que renuevan la mercancía al son de las modas? ¿o son creadores de moda, haciendo gala de vivir en la ciudad de los prodigios del diseño? Quien sabe. Lo que plantea ID es que en ambas celebraciones florecen, no sólo montones de mierda, sino lenguajes similares para explicar las cosas.

El arzobispo Gregorio Modrego, que legó amablemente su nombre para la plaza mayor del barrio en los cincuenta, y que se congratuló ante el mundo entero de la fuerza abierta de Barcelona, exhortaba vehementemente a sus feligreses en 1949 a no atreverse a imitar la vestimenta de los primeros turistas que llegaban a la ciudad en la posguerra: “Todos aprueban las medidas de higiene física para que ningún apestado se introduzca en nuestra ciudad poniendo en peligro la salud pública. ¿Acaso los que importan un virus moral que amenaza nuestras sanas costumbres no han de merecer parecidas medidas profilácticas?”. Condones, el arzobispo solicitaba condones.

En 2011, el Ayuntamiento de Barcelona, mientras celebraba el designio tecnológico del MWC y se regodeaba en sus fantasías de industrias culturales reducidas a hacer y vender móviles, acordó la prohibición de ir desnudo o semidesnudo por la calle para “proteger el derecho de las personas a no tener que sufrir molestias por la falta de respeto de las pautas mínimas”. Además, el texto prohibía ir “sólo en bañador o con otra pieza de ropa similar”. Justo encima de las cabezas de los turistas y locales que no visten adecuadamente, las banderolas venden imágenes de gente desnuda o semidesnuda en las playas y junto a los chiringuitos, con el logo municipal bien visible.

A mi me parece que estas dos situaciones llaman a una analogía, incluso a una serie que a simple vista parecía no existir. Parecen representar el telón de fondo de la obra escrita por una sociedad que transita de falacia en falacia pero sin perder el norte, segura de que todo estará bien y de que siempre habrá cobertura. Los mercados de futuro, los astronautas, la posología de los medicamentos, la mecánica de las emociones, la sonrisa electoral. Es otra forma de teleología, la de pensar que *yo soy*, en definitiva, la causa final, la razón por la cual han puesto esas cosas. Ya lo cantaba el melolengo de Serrat con aquella tontería de “que todo cuanto te rodea lo han puesto para ti. No lo mires desde la ventana y siéntate al festín”. Pues no, gracias.

Texto de Jorge Luis Marzo publicado en Ignasi Deulofeu, *El congreso*, Morsa, Barcelona, 2013.